



En el gran barco de pasajeros que tenía que salir a media noche de Nueva York a Buenos Aires, reinaba la típica agitación y actividad de última hora. Los visitantes de tierra se empujaban los unos a los otros para acompañar a sus amigos, los chicos de telégrafos, con las gorras ladeadas, lanzaban los nombres a gritos por los salones; se arrastraban equipajes y flores, los niños corrían escaleras arriba y escaleras abajo llenos de curiosidad, mientras la orquesta, imperturbable, ponía música al espectáculo de cubierta.

Yo estaba de pie conversando con un conocido en la cubierta de paseo, algo apartado de aquel alboroto, cuando a nuestro lado un *flash* relampagueó dos o tres veces. Al parecer, justo antes de partir, unos reporteros entrevistaban y fotografiaban a toda prisa a alguien prominente. Mi amigo se lo miró y sonrió:

—Tenéis un buen ejemplar a bordo, ese Czentovič.

Y como, evidentemente, puse cara de no entender su comentario, añadió para aclararlo:

—Mirko Czentovič, el campeón mundial de ajedrez. Ha recorrido América entera de costa a costa jugando en todos los torneos y ahora viaja a Argentina en busca de nuevos éxitos.

En efecto, en ese momento me acordé de aquel joven campeón del mundo y hasta de algunos detalles relacionados con su vertiginosa carrera; mi amigo, un lector de periódicos mucho más sagaz que yo, lo pudo completar con toda una serie de anécdotas.

Aproximadamente un año antes, Czentovič se había puesto al nivel de los viejos campeones más acreditados en el arte del ajedrez, como Alekhine, Capablanca, Tartakower, Lasker o Bogoliúbov. Desde la aparición de Reshevsky, el niño prodigio de siete años, en el torneo de ajedrez de Nueva York de 1922, la irrupción de un completo desconocido en este glorioso gremio no había despertado tanta sensación. Porque las características intelectuales de Czentovič no parecían vaticinar en ningún caso una carrera tan brillante ya desde sus inicios. Pronto se filtró el secreto de que este campeón de ajedrez en su

vida privada no era capaz de escribir una frase sin faltas de ortografía en ningún idioma y, como decía con sarcasmo y rencor uno de sus indignados colegas: «Su incultura es igual de universal en todos los ámbitos».